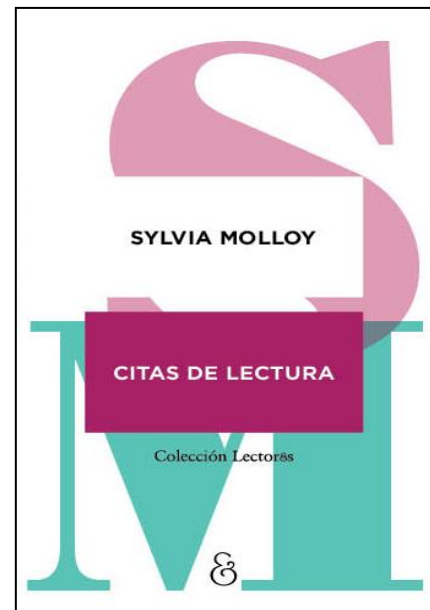


Ibañez, Agustina. "Reseña bibliográfica: Sylvia Molloy, *Citas de lectura*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2018, vol. 7, n° 13, pp. 187-190.

Sylvia Molloy
Citas de lectura
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ampersand
2017
76 pp.



Agustina Ibañez¹

Recibido: 16/01/2018

Aceptado: 01/02/2018

Publicado: 12/03/2018

Citas con Sylvia Molloy

Citar es ese taconazo,
ese cimbreo del torero
que atrae al toro
hacia las banderillas.
Roland Barthes, *S/Z*

Todo acto de lectura implica, por lo menos, dos elementos: un texto y un lector. Ese encuentro –a veces fortuito, breve, enigmático– lleva inexorablemente a una abrumadora certeza: ninguno de los dos, ni la palabra escrita ni el sujeto que lee, serán lo que eran antes de haberse cruzado. *Citas de lectura* de Sylvia Molloy, publicado en

2017 por la editorial Ampersand, supone ya de por sí, como todo libro, un vínculo. En Molloy, con Molloy, deja de ser dual para afirmarse como una escena múltiple. La cita propuesta ya desde el título del volumen emerge como un poliedro: leer es leerla a ella pero, además, con ella y a otros. Y es precisamente allí, donde la reunión de lectura (o sobre la lectura) se levanta como operatoria textual y remite, también, a la actividad de referencia que conlleva toda praxis escritural. Pues, en todo acto de escritura siempre están presentes esos otros, escritores en tanto lectores, que conforman parte de la biblioteca individual. *Citas de lectura* es, retomando las palabras de Roland Barthes que sirven de epígrafe de esta reseña, ese “cimbreo del torero que atrae al toro hacia las banderillas” (30). Molloy recuerda sus lecturas y en el tránsito contagia esos modos de

¹ Profesora en Letras (UNMDP). Becaria Doctoral de CONICET. Contacto: agustinaibanez@hotmail.com

apropiación que establece con las historias que han dejado huella y han devenido signo.

Este libro forma parte de la Colección Lector&s dirigida por Graciela Batticuore. En la página web del sello Amper-sand, se trazan los propósitos de esta serie a la que se suma Sylvia Molloy para hablar de su travesía por los libros, de aquellos que marcaron su infancia, su adolescencia y que establecieron, por fascinación o por rechazo, su destino de escritora, de formadora de lectura y de crítica literaria. A lo que Molloy añade, en el primer apartado que define como un comienzo posible –develando ya en el adjetivo la existencia de otros plausibles inicios– que “Al anotar esos recuerdos posiblemente los amplíe, acaso los invente” (7). Anclada desde aquí, Molloy anticipa al menos dos cosas: que leer es escribir y que la invención es parte de la reconstrucción de las historias que hará. De ahí, que su comienzo devenga uno entre tantos otros y afirme: “Me gustaría creer que el primer libro que leí de chica fue en español pero pienso –casi sé– que no fue así” (7). Surge entonces el deseo y ese estar *entre* lenguas, ese *Vivir entre lenguas* (Molloy 2016) tan propio de su voz literaria y de su identidad.

Entre la autobiografía y el ensayo, Molloy nos espera con cuentos de hadas “francesas, inglesas y alemanas” (9), con historias crueles de “elefantitos” (11), con escenas erótico-sexuales robadas de la mesa de luz materna, con amores clandestinos, con confesiones de autores que dice no haber leído y que apila porque piensa que si alguien la encontrara muerta en la cama “miraría alrededor, lo vería y deduciría que lo estaba leyendo; o que era (...) [su] libro de cabecera” (68). Nos acecha con textos prohibidos, secretos y robados que sirven para viajar, para guardar billetes, para hacer amigos, para contagiar la lectura a otros, para dudar y, sobre todo, para escribir y seguir escribiendo.

El título no sólo designa el libro. Más allá de ser nombre y convocarnos, focaliza la operación expuesta en todo su

desarrollo: la voz ajena sin entrecorillado. La dedicatoria que abre sus páginas lo anticipa. El volumen es para “el lector con el libro en la mano” (5). Esta escena de apertura conduce a Sarmiento, al apartado final de *Citas de lectura*, a la postura lectora que Molloy defiende como propia –“me imaginaba siempre retratada con un libro” (67)– y al ensayo *Acto de presencia. La autobiografía en Hispanoamérica* (1996) en el que estudia las llamadas escrituras del yo. El homenaje inicial sirve, por consiguiente, como antesala de lo que vendrá y como explicitación de lo que la palabra de Molloy es: una conjunción de lectores y de lecturas, un mosaico de citas (Kristeva, 7). En otras palabras, anuncia una posición corporal y textual.

El libro se divide en veintinueve apartados que, cual instantáneas, muestran diferentes escenas en las que recuerda haber entrado en contacto con un libro. Algunos de los subtítulos funcionan como indicadores hacia otros textos. Tal es el caso de “Vine a Comala” o “Más Mariposas”. Otros, refieren emociones: “Lectura y sufrimiento”, “Lectura y amor”, “Libro y amistad”. Están los que rinden homenajes: “Lector y maestro, *In Memoriam*”, “Padre del aula”, “Otro Sarmiento”, “Borges, *encore*”; y los que reflexionan sobre textos propios: “Leer el género”, “Citas de la memoria”. Todos ellos conviven con los que reflotan personas y anécdotas: “Vocación”, “Degustación de la letra”, “El libro como artículo de viaje”, “Irreverencia”, “De otros usos de los libros”, “Dar una mano”. Además, aparecen aquellos que llevan silenciosamente a Silvio Astier: “Hurto poético”, “Encuentros clandestinos”; y los que auscultan o revuelven ferias en las plazas donde asoman fragmentos dedicados a otros y manuales con Perón y Evita. Sin embargo, y más allá de toda posible reagrupación, los bordes son permeables. Cada apartado se construye en ese espacio que queda entre narrar y hablar o entre imaginar y vivir. Molloy no sólo habla de libros, habla de uniones, de personas que –al igual que a los textos– pare-

ce haber conocido por las redes invisibles que teje el destino:

Victoria no estaba, y mientras la esperaba me recibió Bianco, quien me pareció tan encantador y brillante como me pareció aterradora Victoria cuando por fin irrumpió, como valquiria malhumorada, en el escritorio de Bianco. Gritaba: lo acusaba de la desaparición de un libro de Jean Giono (...). Asistí, entonces, con cierta desazón, a un duelo verbal, tan rico en vociferaciones infantiles por parte de Victoria (“Usted me los ha robado y se lo voy a contar a su madre”), como en ironía por parte de Pepe (“A quién se le ocurre leer a Giono”) (41).

Y es aquí cuando *Citas de lectura* es algo más que hablar de libros. Es cuando se transforma en una mesa de escritores, de palabras y de escritura porque hablar de libros, a veces, es hablar de lecturas y hablar de lectura siempre es, hablar de otro y de uno mismo. Es hablar de formas y modos de leer y de todos los que fueron, tal vez sin saberlo, mediadores de esa experiencia. Molloy, mientras desarma su biblioteca, recuerda y rinde homenaje a todos aquellos que formaron su modo de habitar los textos: “me encontré con maneras de leer distintas de la mía. Lejos de desecharlas como frívolas o erradas, procuré emprenderlas; así, de algún modo, pasaron a ser parte de la mía” (36).

El orden que siguen los apartados que componen el volumen pareciera ser cronológico: desde la lejana infancia hasta la anécdota más actual. Sin embargo, hay momentos en los que el recuerdo mismo de esa lectura irrumpe en el presente y suscita la entrada de un tono intimista-confesional en la narración: “ya he vivido este momento, me lo habré llevado al campo para leerlo con más detenimiento. Busqué en vano en mi otra casa: tampoco lo encontré. Me preocupa. ¿A quién estará haciendo sufrir ahora la condesa?” (12). A partir de aquí,

brotan pensamientos en voz alta, asociaciones inesperadas y olvidos. Se recuerdan autores mas no libros, se revisitan búsquedas, se leen recetas, se compran palabras para salir a pasear.

Y en este vaivén, Molloy escribe su lectura, gesto que dice haber aprendido con Borges y con Barthes (64). A partir de aquí, visibiliza que se escribe (siempre) porque se lee, que existen distintas maneras de leer y que todo es legible. Entonces, aparecen los nombres propios, los mediadores de lectura, aquellos que contagian y regalan historias de las que se han apropiado. Resurgen la oralidad y la escucha en la figura de su tía, de la profesora de francés, de un amigo de la infancia, de sus alumnos. Se vuelve a la escuela media y a la universidad como instituciones formadoras del gusto aunque, sobre todo, del rechazo. Por eso, Molloy confiesa que cuando arma los programas de las materias incluye libros que nunca leyó pero que piensa como futura lectura compartida con sus estudiantes. Leer se transforma, así, en una acción siempre futura, anticipada. Es actuar y marcar con lápiz para inmortalizar los márgenes. Es traducir, descifrar y, ante todo, escribir. Entonces, se empieza con un epígrafe, con una cita, con una dedicatoria como en *Citas de lectura*, y se escribe con esos tantos otros que nos pertenecen y que existen porque les damos voz (19).

En *Citas de lectura*, Molloy nos pone su libro en la mano. Vaciamos los estantes de su biblioteca mientras leemos cómo ella y tantos otros (su madre, su padre, Silvina Ocampo, Sarmiento, el guardia del aeropuerto) se levantan con otro(s) libro(s) en la mano. Entre los muchos que menciona hay un texto de Katherine Mansfield cuyo título no enuncia. Se refiere a él como “el cuento de la mujer que no tenía donde llorar y le gustaba a Pepe” (42). Luego de leer *Citas de lectura*, su nombre se borrea para transformarse en el libro de la mujer que siempre tuvo un libro en la mano.

Obras citadas

- Barthes, Roland. *S/Z*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2009.
- Kristeva, Julia. “Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela” *Intertextualité. Francia en el origen de un término y el desarrollo de un concepto*. Traducción de Desiderio Navarro. La Habana, UNEAC, Casa de las Américas, 1997, pp. 1-24.
- Molloy, Sylvia. *Acto de presencia. La autobiografía en Hispanoamérica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Molloy, Sylvia. *Vivir entre lenguas*. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2015.